

SIDDHARTHA

HERMANN HESSE

SIDDHARTHA

Traducción de Juan José del Solar



Hesse, Hermann
Siddhartha. - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2013.
216 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: Juan José Del Solar
ISBN 978-987-628-245-1

1. Narrativa Alemana. 2. Novela. I. Juan José Del Solar,
trad.
CDD 833

Título original: *Siddhartha*

Traducción de Juan José del Solar

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición en Argentina: junio de 2013

© 1950 by Hermann Hesse. Alle Rechte bei und vorbehalten durch Surkamp Verlag
Frankfurt am Main
© Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-245-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Kalifón S.A.

Impreso en Argentina

PRIMERA PARTE

Apreciado Romain Rolland:

Desde el otoño de 1914, en que yo también sentí de pronto la profunda crisis de la vida espiritual que había estallado poco antes y ambos nos dimos la mano desde orillas remotas, con la fe puesta en la misma necesidad de crear contactos supranacionales, desde entonces he tenido el deseo de ofrecerle algún signo exterior de mi estima que fuera a la vez una muestra de mi quehacer creativo y le permitiera echar una mirada sobre mi propio ideario. Le ruego aceptar, pues, la dedicatoria de la primera parte de mi obra de tema hindú, aún inconclusa.

Afectuosamente suyo,

HERMANN HESSE

EL HIJO DEL BRAHMÁN

A la sombra de la casa y bajo el sol, a la orilla del río y junto a las barcas, a la sombra del bosque de sauces y el huerto de higueras, creció Siddhartha, el hermoso hijo del brahmán, el joven halcón, en compañía de Govinda, amigo suyo y también hijo de un brahmán. El sol, a la orilla del río, fue bronceando sus claras espaldas durante el baño, las abluciones sagradas y los sacrificios religiosos. La sombra se fue infiltrando en sus negros ojos bajo el bosquecillo de mangos, en el curso de sus juegos infantiles, al escuchar el canto de su madre, durante los sacrificios religiosos, al seguir las enseñanzas de su padre, el sabio, y las pláticas de los maestros. Hacía ya tiempo que Siddhartha participaba en las discusiones de los sabios y se ejercitaba con Govinda en la oratoria polémica, en el arte de la contemplación y en el ritual del ensimismamiento. Ya sabía pronunciar en silencio el

Om, la palabra por excelencia. Podía enunciarla sigilosamente en su interior, al aspirar, y, siempre en silencio, emitirla luego al exhalar el aire, en un recogimiento total y con la frente aureolada por los resplandores del espíritu reflexivo. En lo más hondo de su ser sabía encontrar ya el Atmán, indestructible y Uno con el universo.

Y el corazón del padre se alegraba al ver a ese hijo tan inteligente y deseoso de aprender, en quien adivinaba a un futuro gran sabio y sacerdote, a un príncipe entre los brahmanes.

Y el pecho de la madre se henchía de satisfacción al verlo caminar, sentarse e incorporarse: a él, Siddhartha, el joven hermoso y fuerte, de esbeltas piernas, que la saludaba con perfecta gracia.

Y el amor agitaba el joven corazón de las hijas de los brahmanes cuando Siddhartha, el joven de luminosa frente, mirada real y gráciles caderas, se paseaba por las callejas de la ciudad.

Pero más que todos ellos lo quería Govinda, su amigo, el hijo del brahmán. Amaba los ojos y la dulce voz de Siddhartha, su manera de andar y la gracia perfecta de sus movimientos, amaba todo cuanto el amigo hacía y decía, y sobre todo apreciaba su espíritu, sus ideas vigo-

rosas y elevadas, su ardiente voluntad y su vocación sublime. Pues Govinda pensaba: «Éste nunca será un brahmán común y corriente, un indolente sacrificador, un ávido comerciante de ensalmos, un orador vacuo y vanidoso, un sacerdote maligno y astuto, ni tampoco uno de esos corderos bonachones y necios que integran el gran rebaño». No, y tampoco él, Govinda, deseaba ser así, uno más entre la enorme grey de los brahmanes: quería seguir a Siddhartha, el amado, el magnífico. Y el día en que Siddhartha llegara a ser un Dios, el día en que se incorporase al número de los Gloriosos, Govinda estaba dispuesto a seguirlo en calidad de amigo, acompañante, criado, escudero y sombra.

Todos querían, pues, a Siddhartha, que era la alegría y el placer de todos.

Pero él no hallaba, en cambio, placer ni alegría alguna en sí mismo. Ya deambulaba por los senderos floridos del huerto de higueras o bien se sentaba en la sombra azulina del bosquecillo de la Contemplación; ya lavaba sus miembros en el baño expiatorio de cada día u ofreciera sacrificios en el sombrío bosque de mangos, él, cuyos gestos eran de una gracia y armonía perfectas, y a quien todos querían y se alegraban de ver,

no encerraba dicha alguna en su corazón. Las aguas del río le aportaban sueños y un flujo incesante de ideas. Pero también el titilar de las estrellas nocturnas, los rayos del sol, el humo de los sacrificios y el hálito de los versos del *RigVeda*, destilados por las enseñanzas de los viejos brahmanes, producíanle extraños sueños y agitaban constantemente su alma.

Siddhartha había empezado a acumular descontento en su interior. Comenzó a sentir que el cariño de su padre, el amor de su madre y el aprecio de su amigo Govinda no lo harían feliz toda la vida ni lo calmarían ni satisfacerían sus aspiraciones. Empezó a intuir que su venerable padre y sus otros maestros, los sabios brahmanes, le habían ya comunicado la mayor y más excelsa parte de su sabiduría, que ya habían trasvasado lo mejor de sí mismos a su alma, vaso expectante, y el vaso no estaba colmado, ni el espíritu satisfecho, ni el alma tranquila, ni el corazón sosegado. Las abluciones eran buenas, pero no eran sino agua: no lavaban el pecado, ni saciaban la sed del espíritu, ni suprimían la angustia del corazón. Excelentes eran asimismo los sacrificios y la inovación de los dioses..., pero ¿lo eran todo? ¿Aportaban felicidad los sacrificios? ¿Y qué cabía esperar de los dioses? ¿Era

realmente Prajapati el creador del mundo? ¿No lo era acaso el Atmán, Él, el Único e Indivisible? ¿No eran los dioses criaturas como tú y yo, sometidas al tiempo y perecederas? ¿Y era acaso un acto justo y noble ofrecer sacrificios a los dioses? ¿Tenía algún sentido? ¿A quién inmolar víctimas y demostrar veneración si no era a Él, el Único, el Atmán? ¿Y dónde encontrar al Atmán? ¿Dónde moraba? ¿Dónde latía su eterno corazón? ¿Dónde sino en nuestro propio Yo, en lo más hondo, en aquel reducto indestructible que todos llevamos dentro? Mas ¿dónde, dónde se hallaba este Yo, este Interior, este Último? No era carne ni hueso, no era pensamiento ni conciencia, según enseñaban los más sabios. ¿Dónde, pues, se encontraba? Y para acceder hasta él, al Yo, a sí mismo, al Atmán ¿existía acaso otro camino que valiera la pena buscar? Mas nadie podía mostrárselo, nadie lo conocía: ni su padre, ni los sabios y maestros, ni los cánticos propiciatorios. Todo lo sabían aquellos brahmanes y sus libros sagrados. Conocían todo y se habían interesado por todo eso y mucho más: por la creación del mundo, por el origen del lenguaje y de los alimentos, de la aspiración y espiración, por la jerarquía de los sentidos y los hechos de los dioses... Pero ¿servía de algo conocer todo

eso si se ignoraba lo Uno y Único, lo más Importante, lo único Importante?

Cierto es que muchos versos de los libros sagrados, sobre todo los *Upanishads* de Samaveda, hablaban de ese espacio interior y absoluto: ¡versos magníficos! «Tu alma es todo el Universo», se leía en ellos. Y también estaba escrito que el hombre, al caer en un sueño profundo, penetra hasta lo más recóndito de su interior y mora en el Atmán. ¡Qué prodigiosa sabiduría la de estos versos! Todo el conocimiento de los grandes sabios se hallaba resumido en esas mágicas palabras, puras como la miel de las abejas. No: era imposible desdeñar el ingente cúmulo de conocimientos almacenado y preservado allí por innumerables generaciones de sabios brahmanes. Mas ¿dónde estaban los brahmanes y los sacerdotes, los sabios y los penitentes que hubieran logrado no sólo conocer toda esa ciencia, sino también vivirla? ¿Dónde hallar al iniciado capaz de prolongar aquella familiaridad con el Atmán del sueño a la vigilia, capaz de integrarla en su vida, de sentirla a cada paso y en cada palabra o hecho?

Siddhartha conocía a muchos venerables brahmanes y, sobre todo, a su padre, el puro, el sabio, el más digno de veneración. Admirable era ese

padre de talante noble y sereno, vida casta y prudencia en el hablar, bajo cuya frente habitaban pensamientos generosos y sutiles. Pero él, que sabía tanto ¿era feliz acaso? ¿Tenía paz interior? ¿No era también un buscador, consumido por la misma sed de verdad? ¿Y no necesitaba beber continuamente en las fuentes sagradas, calmar su sed en los sacrificios, en los libros, en los diálogos con otros brahmanes? ¿Por qué justamente él, el Irreprochable, tenía que purificarse a diario de sus pecados, someterse a sus abluciones cotidianas sin interrupción? ¿No estaba el Atmán dentro de él? Y aquella fuente primordial ¿no fluía acaso en su propio corazón? ¡Había que encontrarla, descubrir ese manantial en el propio Yo y poseerlo! Todo lo demás no era sino búsqueda vana, extravío, confusión.

Tales eran los pensamientos de Siddhartha; tales sus afanes y tribulaciones.

A menudo se recitaba las palabras de uno de los *Chadogya-Upanishads*: «En verdad, el nombre de Brahma es Satyam; y quien esto sabe puede entrar cada día en el mundo celestial». Muchas veces tuvo la impresión de estar muy cerca de ese mundo celestial. Pero nunca lo había alcanzado totalmente, jamás había calmado su sed últi-

ma. Y ni uno solo entre todos los grandes sabios que conocía, y de cuyas enseñanzas disfrutaba, había alcanzado tampoco el mundo celestial ni calmado del todo su sed eterna.

—Govinda —dijo un día Siddhartha a su amigo—, Govinda querido, ven conmigo bajo el árbol de los banianos. Entreguémonos a la meditación.

Y fueron juntos bajo el árbol de los banianos y se sentaron. Primero Siddhartha, y veinte pasos más allá, Govinda. Y al sentarse dispuesto a pronunciar el Om, Siddhartha repitió, murmurando, los versos:

Om es el arco, el alma es la flecha,
y Brahma es el blanco al cual
has de apuntar, impertérrito.

Cuando hubo concluido el tiempo habitualmente consagrado a la meditación, Govinda se levantó. La tarde ya había llegado, y con ella la hora de realizar la ablución vespertina. Llamó a Siddhartha por su nombre, mas éste no respondió. Ensimismado, con la mirada fija en una meta muy lejana y la punta de la lengua asomando por entre los dientes, Siddhartha parecía no respirar. Y así permaneció, absorto, pen-

sando en el Om y con el alma lanzada hacia Brahma, cual una flecha.

Por el pueblo de Siddhartha pasaron un día tres samanas. Eran ascetas en peregrinación, hombres enjutos y apagados, ni jóvenes ni viejos, con las espaldas cubiertas de sangre y polvo, casi desnudos y curtidos por el sol. Siempre solitarios, extraños y hostiles frente al mundo, más parecían tres intrusos: tres magros chacales perdidos en medio de los hombres. A su paso iban dejando un cálido aliento de pasión silenciosa, de entrega destructora, de implacable renuncia.

Por la noche, tras la hora consagrada a la contemplación, Siddhartha dijo a Govinda:

—Mañana a primera hora, amigo mío, Siddhartha se unirá a los samanas. Él también será un samana.

Govinda palideció al oír tales palabras y leer en el rostro inmóvil de su amigo esta decisión, inalterable como la trayectoria de la flecha una vez lanzada por el arco. Y al punto cayó en la cuenta: «Éste es el comienzo —se dijo—. Siddhartha inicia ahora su camino, ahora empieza a florecer su destino... y también el mío.» Y su rostro tomó el color de una cáscara de plátano reseca.

—¡Siddhartha! —exclamó—, ¿te lo permitirá tu padre?

Siddhartha lo miró como alguien que sale de un sueño. Con la celeridad de una flecha leyó en el alma de Govinda, adivinando su angustia y su resignación.

—¡Oh, Govinda! —replicó en voz baja—; no malgastemos palabras. Mañana, al despuntar el alba, empezaré mi vida de samana. Y no me hables más del tema.

Siddhartha entró en la habitación donde su padre se hallaba sentado sobre una esterilla de esparto, avanzó por detrás y se detuvo, permaneciendo inmóvil hasta que el padre sintió que a sus espaldas había alguien. El brahmán preguntó entonces:

—¿Eres tú, Siddhartha? ¡Dime lo que has venido a decir!

Y Siddhartha replicó:

—Con tu permiso, padre. He venido a decirte que mañana deseo abandonar tu casa y marcharme con los ascetas. Mi deseo es convertirme en samana. Y ojalá mi padre no se oponga.

El brahmán guardó silencio. Y permaneció tanto tiempo silencioso que las estrellas dibujaron nuevas formas al desplazarse por la ven-

tanita sin que el silencio se alterara en la habitación. Mudo e inmóvil permaneció ahí el hijo, con los brazos cruzados; mudo e inmóvil también, el padre se quedó sentado en su esterilla. Y en el cielo, los astros prosiguieron su curso. De pronto habló el padre:

—Es indigno de un brahmán expresarse en términos airados o violentos. Pero el enojo agita mi corazón. No quisiera que tu boca formulase por segunda vez este deseo.

El brahmán se incorporó lentamente. Siddhartha, mudo, continuó en el mismo sitio con los brazos cruzados.

—¿Qué esperas? —preguntó el padre.

Y Siddhartha respondió:

—Tú lo sabes.

El padre salió de la habitación, enojado; enojado buscó su lecho y se tendió en él.

Al cabo de una hora, viendo que el sueño no acudía a sus ojos, el brahmán se levantó, empezó a pasearse de un extremo a otro de su alcoba y, por último, abandonó la casa. Al mirar por la ventanita de la habitación vio a Siddhartha de pie, imperturbable y con los brazos cruzados. Su túnica clara lanzaba pálidos destellos. Con el corazón inquieto volvió el padre a su lecho.

Al cabo de otra hora, y como el sueño aún no le cerraba los ojos, el brahmán se levantó de nuevo, volvió a recorrer su alcoba de un extremo a otro, salió de la casa y observó que la luna ya se había levantado. Miró hacia dentro por la ventanita de la habitación y vio a Siddhartha de pie, imperturbable y con los brazos cruzados. La luz de la luna jugueteaba sobre sus pantorrillas desnudas. Acongojado, el padre volvió a su lecho.

Y regresó al cabo de otra hora, y de dos horas más. Y al mirar por la ventanita volvía a ver a Siddhartha, de pie bajo la luz de la luna, al resplandor de las estrellas, en la oscuridad. Siguió saliendo cada hora, en silencio, a mirar por la ventanita, y lo veía ahí de pie, inmóvil. Y su corazón se fue llenando alternativamente de ira, de inquietud, de inseguridad y de pena.

En la última hora de la noche, poco antes de que despuntara el día, volvió nuevamente, entró en la habitación, vio al joven de pie y lo encontró más grande y algo extraño.

—Siddhartha —le preguntó—, ¿qué esperas?

—Tú lo sabes.

—¿Seguirás esperando así, de pie, hasta que se haga de día, llegue el mediodía y caiga la noche?

—Me quedaré de pie, esperando.

—Te cansarás, Siddhartha.

—Me cansaré.

—Te quedarás dormido, Siddhartha.

—No me quedaré dormido.

—Te morirás, Siddhartha.

—Me moriré.

—¿Y prefieres morir que obedecer a tu padre?

—Siddhartha siempre ha obedecido a su padre.

—¿De modo que piensas renunciar a tu proyecto?

—Siddhartha hará lo que su padre le diga.

La primera luz del día entró en la habitación. El brahmán advirtió que las rodillas de Siddhartha temblaban ligeramente. Su rostro, en cambio, permanecía firme, con la mirada perdida en la lejanía. Entonces cayó en la cuenta de que el joven ya no estaba a su lado ni vivía en el mismo país: comprendió que lo había abandonado.

Posó el padre una mano en el hombro de Siddhartha.

Retiró la mano del hombro de su hijo y salió. Siddhartha se tambaleó al intentar ponerse en movimiento. Pero dominó sus miembros, hizo una venia a su padre y se dirigió a ver a su madre, para hacer lo que le habían ordenado.

Al despuntar el alba abandonó Siddhartha la ciudad aún dormida, a paso lento y con las piernas entumecidas. Y una sombra acuclillada en la última cabaña se irguió de pronto para unirse al peregrino: era Govinda.

—Has venido —le dijo Siddhartha, sonriendo.

—He venido —replicó Govinda.

CON LOS SAMANAS

Al anochecer de ese mismo día alcanzaron a los ascetas, los enjutos samanas, y les ofrecieron su compañía y obediencia. Fueron aceptados.

En el camino, Siddhartha le regaló su túnica a un brahmán pobre, quedándose sólo con el taparrabos y un jubón descosido de color tierra. No tomaba sino una comida diaria, y nunca alimentos cocidos. Ayunó durante quince días, que al final se convirtieron en veintiocho. La carne desapareció de sus muslos y mejillas. Sueños ardientes llameaban en sus pupilas dilatadas; en sus dedos reseco fueron creciendo, largas, las uñas, y su barbilla fue poblándose de una pelambre hirsuta y seca. Su mirada tornábase de hielo cuando recaía en mujeres; su boca destilaba desprecio cuando, al atravesar una ciudad, veía gente bien vestida. Vio negociar a muchos mercaderes, vio príncipes que iban de cacería, gen-